

Del texto:
Benita López Peñate

Ilustración, diseño y maquetación:
Luis Fdo. Artiles Arbelo

De la edición:
*Ilustre Ayuntamiento de la Villa de
San Bartolomé de Tirajana.*

Noviembre de 2014.
Imprime: Imprenta Sureste.
Depósito legal: GC 1046-2014



Rosalva

Benita López Peñate

a mi hijo, Airam

La Concejalía de Políticas de Igualdad de San Bartolomé de Tirajana ha tenido como máxima en esta legislatura priorizar proyectos generadores de herramientas para el trabajo diario de sensibilización y concienciación. Del desarrollo de varias iniciativas, contamos, entre otros, con un importante patrimonio literario integrado por la edición, en colaboración con otras entidades, de dos libros que proyectan horizontes de respeto a las personas y a la naturaleza: “Aprender a Mirar” y “Travesías”, de indudable interés para compartir en los centros de enseñanza, en asociaciones y en otros ámbitos.

Y en esta línea surge la decisión de publicar *Rosalva*, de Benita López Peñate. Relato inspirado, según nos comenta la autora, en vivencias de mujeres y hombres de nuestro municipio que en los últimos veintitrés años se han acercado a la concejalía en su búsqueda de libertad, respeto, amor, bienestar. *Rosalva* recoge el anhelo sencillo de amor y felicidad que nos acompaña desde el mismo día de nuestro nacimiento, y que, a veces, perdemos debido al trazado erróneo de los caminos.

Marco Aurelio Pérez Sánchez
Alcalde-Presidente de San Bartolomé de Tirajana

En noviembre de 2013 la Coordinadora de la Concejalía de Políticas de Igualdad de San Bartolomé de Tirajana, Pepa Cordero Suárez, me propuso la idea de escribir una obra de teatro sobre la violencia de género. Y fue entonces cuando retomé el borrador de Rosalva, comenzado en el año 2003 a raíz de una visita a un camposanto de Las Palmas, acompañada de mi padre. Me impactó el sitio: los jardines, el silencio, los sepulcros sencillos frente a los mausoleos...

El instante de escribir estas palabras de agradecimiento lo tengo debido a la confianza que la Concejala de Políticas de Igualdad, Amanda Cárdenes Calero, depositó en mí. Gracias a ella puedo ver cumplido mi sueño de publicar Rosalva. Gracias, Amanda, por tu seriedad, honestidad y respeto. Y gracias también al Alcalde-Presidente Marco Aurelio y a la Concejala Elena, por apoyar este proyecto de publicación.

Mi gratitud, igualmente: al diseñador Luis Fernando Artilles Arbelo; a mi familia, compañeras de trabajo y amigas por los ánimos, lectura detenida y visión crítica; a Rosamary, por las sugerencias de corrección; y, muy en especial, a mi hermano Celedonio, por su labor de corrector y mirada de pensamiento filosófico, mirada de la que tanto he aprendido. Muchas gracias

Benita López Peñate

Rosalva

Se respira un tiempo sin fin. Frondosos jardines, amplias avenidas, bancos agradables para sentarse y flores en casi todas las puertas: frescas, marchitas y secas rozando el olvido.

Bentor: Hoy llega un vecino nuevo.

Dácil: Sí, ya he visto que le acondicionaron la vivienda. Esperemos que aprenda rápido, este me toca a mí. El de la semana pasada fue muy complicado, no se dejaba llevar, estaba muy tenso. Ahora, no para, el muy sinvergüenza, ¿puedes creer que ni siquiera se queda en su casa para recibir las visitas? Me da una pena del pobre viudo, ahí sentado, llorándole.

Bentor: El comportamiento que tuvo ayer con las visitas de arriba fue de escándalo.

Dácil: El tiempo lo irá tranquilizando. Es la novedad de un cuerpo que no pesa. No sé qué trabajo tuvo en la tierra, se le ve muy sano. Domina bien el aire a pesar de lo mucho que le costó al principio.

Bentor: Por allí viene Yazmina. Ella sí que dobló la cabeza y la cintura en la otra vida. Le cuesta mover el aire.

Yazmina se acerca con su bastón de aire comprimido

Bentor: ¿Cómo estás, Yazmina?

Yazmina: No muy bien, hoy las hernias discales no me permiten correr. Para que después digan que a mayor trabajo y sacrificio en la tierra, mayor recompensa en el cielo. Lo que no saben los vivos es que aquí se viene con todo.

Dácil: Las horas de risa y de llanto vienen en la maleta. Según sea el peso, el lado para el cual se incline, se vivirá mejor o peor.

Bentor: Silencio, se acerca mi mujer. Déjenme solo, por favor, siempre viene llorosa.

Rosalva deposita las flores y se sienta

Rosalva: Hola, Bentor. Hoy no voy a llorar, estoy cansada. Tú estás muerto, sí, y yo viva, ¿y qué? Tú muerto y yo viva, tú muerto y yo viva, nada más. Ahora, muerto, otros seres vivos te comen hasta menguarte y dejarte en los huesos. ¡Cuánto te comía yo, seres orgánicos creciendo los dos! ¡Pero qué poquitas veces fueron! Tú y tu obsesión por trabajar, tener una casa grande y dinero ahorrado para el día de mañana, y mira qué día de mañana más espléndido tienes hoy: en la tumba con 58 años. Ahora sí que no son posibles las cenas románticas con velas compitiendo contigo y conmigo. En fin, 30.000 euros en la cuenta, ¿qué hacer con ese dinero? La mitad se la daré a tus hijas y la otra mitad la destinaré a conocer otras partes del mundo. Ya tengo el billete a China, a conocer la Gran Muralla; y el siguiente será a Japón. Sí, a conocer mundo, porque contigo... Viajé más de niña, al menos llegué más lejos contemplando el cielo de noche y el cielo de día en la tierra del patio, ¿o es que no te acuerdas de cuando eras niño aparcerero y mirabas, asombrado, el cielo cuajado de crepúsculo naranja de un sol en la montaña muy cerca de ti como si te envolviera y estuvieras dentro? ¿No te acuerdas de las estrellas que parecían otro techo de plata que podíamos tocar como al techo de nuestras casas? Venderé la casa, quiero una más pequeña. Tus hijas están de acuerdo; viven independientes, así que tampoco tienen mucho que decir en esto. Y estoy en paro, baja voluntaria. Con la pensión de viudedad me es suficiente. Gasto poco. Estoy enfadada, Bentor. Te echo mucho de menos, eras buena persona, no supiste vivir de otra manera, eso fue todo. ¡Un infarto, un infarto por estrés, dijeron los médicos! Y aquí estoy, sola, intentando reconciliarme con el mundo. No sé si encontraré a alguien que me acompañe en mi soledad, porque, ¿sabes?, en la Biblia el sexo también es pensado para el gozo de la mujer, y no como tanto se me dijo a mí y a mujeres anteriores a mí, del placer solo para el hombre. En definitiva, bien no lo estoy pasando.

Los juegos de Bentor con Rosalva van decayendo. Se levanta, vuelve a sentarse; mueve las manos, la mira, desvía la vista, y así varias veces hasta por fin lograr detenerse en ella.

Cuadro Primero

En esta dimensión se respeta mucho la intimidad de las personas. Nunca se toca en una puerta, salvo en casos de necesidad, o que previamente se haya acordado la visita. Los lugares de encuentro son casi siempre delante de las casas. Una puerta abierta y alguien sentado en la acera es señal de que puedes acompañarle y conversar con él.

Dácil: Hola, Bentor, buenos días; ¿cómo estás?

Bentor: Hola, Dácil; bien, estoy bien, ¡¿pero tú te crees que yo puedo estar tranquilo después de todo lo que me ha dicho mi mujer?! ¡Hasta piensa tener pareja! Toda la vida trabajando, no hice otra cosa, y encima se queja. Fui un buen hombre, un buen marido, y la quise, jamás la maltraté, ¿a qué viene ahora echarme en cara todo lo que dijo? ¡Yo también podría quejarme de los años que estuvo con depresión! No parecía ella, su forma de hablar era distinta, como si la estuvieran adoctrinando en algún sitio. Seguro que anda con mujeres de la asociación; nunca me gustaron, y por eso mismo nunca participé en nada que de allí viniera. Ella no va a ir a ningún sitio sin mí, ten por seguro que no. Ni tampoco va a tener otro hombre que no sea yo.

Dácil: ¿Tú te estás oyendo? “y la quise, nunca la maltraté...”, “no va a ir a ningún sitio sin mí”. Vaya con el hombre...¿Y no te ha dado por pensar por qué Rosalva tenía depresión? Ella ya no es tu mujer, es sólo tu recuerdo. Así que...

Bentor: Que te crees tú eso. Estoy estudiando. En la biblioteca encontré libros que hablan de la comunicación entre las dos dimensiones. He descubierto fórmulas creíbles. Estoy ideando un plan. Por favor, no se lo digas a nadie.

Dácil: No se lo diré a nadie, pero tú tampoco.

Dácil lo tiene claro: su mejor amigo ha perdido la razón

Bentor: Por cierto, ¿cómo te fue con el nuevo vecino?

A Dácil se le ilumina la cara

Dácil: Muy bien; es un hombre muy racional. Se esfuerza por aprender y tiene sentido del humor. Pero ayer me montó un número que todavía hoy me tiene desorientada. Se me ocurrió llevarle a la zona de arriba y maldita sea la hora, los brazos y las piernas se le plegaban, y no dejaba de gritar: “¡Me engañaron!, ¡Me engañaron!” Al principio pensé que era debido a la emoción de ver tanta belleza arquitectónica, pero ya no estoy tan segura. Iré a su casa a ver cómo está.

Bentor: Vale, yo también te dejo, no hay tiempo que perder, tengo que seguir estudiando estos libros.

Dácil: Bentor, la única fórmula eficaz fue, en su momento, amarla de todas las maneras posibles bajo la luna llena.

Bentor: Tú riete, que cuando me pidas la fórmula, el que se va a reír soy yo.

Dácil: Ningún interés en pedírtela. Con mi marido no tengo nada pendiente. Cuando descubras la fórmula, te la aplicas tú solo. No la patentes ni le des publicidad; que nadie se entere, si no, aquí se armará la de Dios. Ten en cuenta que muchos no desean regresar; otros sí, pero abajo no los quieren. Es mejor que la naturaleza actúe por sí sola. Que se te meta bien en la cabeza: no lo comentes con nadie. La gente no querrá relacionarse contigo por miedo a que te equivoques y en lugar de mandarlos a la tierra los envíes al infierno. A veces las personas son muy brutas con los grandes genios.

Bentor: De acuerdo. Pero te mantendré informada.

Dácil: Vale, hasta luego. Nos vemos.

Al llegar al apartamento nº 4 cree escuchar una canción de Víctor Jara: “Las casitas del barrio alto son ...”. La puerta se abre y aparece el nuevo residente con una pequeña bandera y libros

Xerach: Me pasé la vida intentando convencer a los ricos para que compartieran su dinero. Me daban una pena... Yo me sentía un privilegiado invirtiendo en mi futuro celestial a costa de ellos. Y ahora resulta que llego aquí y me encuentro

con que los pobres y los ricos de ahora son los mismos de antes; y a peor: mientras yo tengo un cuarto de medio metro por dos, ellos tienen bungalow de 30 metros o más, y hasta dúplex. ¡Cuántas veces tuve que confesar con el cura del pueblo por los deseos de rebelión que me asaltaban! Pero yo te prometo y te juro y perjuro por todos las santas y santos del cielo, que me van a tener que desconfesar.

Se sienta y guarda silencio

Xerach: (con voz pausada) Tengo que estudiar. He de elaborar un plan.

Dácil: (en voz baja) Otro que quiere estudiar. Con lo bien que me caía a mí este hombre.

Xerach: Me tienes que ayudar.

Dácil: ¿Yo? ¿En qué?

Xerach: Serás mi informante y guía hasta que conozca los nombres de la población residente.

Dácil: Sí, no te preocupes, en lo que haga falta. Pon mucha atención, vamos a repetir lo que hicimos el primer día de entrenamiento. Ahora comienzas una nueva etapa. El aire será tu medio de...

Xerach: Lo tengo más que asumido.

Xerach se aleja corriendo como si llevara allí años. Dácil lo mira, es tanta la decisión que pone en sus pasos, tanta su masculinidad...

Cuadro Segundo

Rosalva: Con los años la restauración sale más costosa. Crema para la cara, las manos, el tinte para el pelo...

Eva: Últimamente te preocupas mucho por tu imagen. Siempre arregladita. Nos gusta verte así.

Rosalva: La verdad es que no sé qué me pasa. He llorado

mucho en la tumba de tu padre, pero el otro día me propuse no llorar más. Le hablé de todas las cosas que llevaba dentro y no veas lo bien que lo paso ahora con él. Ayer me sucedió algo sorprendente, era como si estuviera vivo...

Eva: Mamá, ¿tú todas las tardes vas al cementerio?

Rosalva: Ay, Eva, no lo llames así. Y sí, todas las tardes voy. Antes iba una vez a la semana, ahora voy todos los días. No hago daño a nadie con eso.

Eva: Creíamos que ibas a la asociación...

Rosalva: A la asociación sigo yendo, pero primero está Bentor. Tengo que irme. Puedes quedarte esta noche, si quieres, y cenamos juntas.

Eva: Descansaré un poco, pero no creo que me quede.

Rosalva sale y cierra la puerta. Eva se deja caer sobre la cama. No acierta a entender el cambio originado en su madre. Se levanta, coge el bolso, y, justo en ese instante en que se dispone a salir, recuerda el tratamiento antidepresivo que toma Rosalva desde hace varios años. Regresa a la cocina. Mira en el cajón de la alacena. No encuentra los medicamentos, pero sí un informe médico de la Unidad de Salud Mental: “Alta médica. Plena conciliación del sueño”. El informe tiene fecha de este mismo día.

Dos vecinas limpian la acera. Rosalva las saluda, brevemente, y sigue su camino en dirección a la parada de la guagua.

Vecina 1: Vaya cambio ha dado nuestra vecina, siempre tan arreglada.

Vecina 2: De dónde sacará el tiempo. De momento la acera no la tiene tan limpia como antes. Así, hasta yo.

Se acerca una vecina desde el otro extremo de la calle

Vecina3: ¿Saben de lo que me he enterado?

Vecina 1 y 2: No, cuenta, cuenta.

Vecina 3: Tiene un novio, el sepulturero, ¿y si no, qué se le ha perdido todas las tardes en ese lugar?

Vecina 2: ¿Todas las tardes? Qué raro...

Vecina 3: Cuando ustedes la ven a ella tan emperifollada (nunca mejor dicho cuando viene de regreso) es porque va a verlo. Y también se da sus visitas a la asociación y piensa salir de viaje.

Vecina 2: El dinero ahorrado por el marido se lo gasta ella en pendoneo. Mientras, una tan honrada y virtuosa que guarda luto por el marido de por vida, aunque te haya dado más de un disgusto. Pero es que yo soy una mujer de principios. Cumplí y sigo cumpliendo mi papel de esposa, para eso él era el hombre de la casa.

Vecina 1: Después de oírte, no sé qué decirles a las dos; no veo tan claro dignificar con tantas virtudes los hematomas y cuernos que más de una vez yo te vi.

Vecina 2: (En actitud desafiante) Por lo menos el mío entregaba el dinero en la casa, mientras que el tuyo, querida ...

Vecina 1: El mío se fue porque lo obligué yo a través del juzgado. Me pasa una pensión alimenticia para mis hijos sin necesidad de estarle aguantando en mi cama con el título vitalicio de “El hombre de la casa”. Prefiero comer una escudilla de leche con gofio todos los días, como único alimento, antes que vender mi vida a plazos; pues por ahí existen prostitutas del propio marido a cambio de un plato de comida, y si al menos obtuvieran placer...

Vecina 3: ¿Pero no estábamos hablando de la vecina? ¿A qué viene esto ahora de discutir entre nosotras? Si parece que le tenemos envidia.

Vecina 2: Para nada; yo soy una mujer de mi casa, y esa los rincones no creo que los tenga muy limpios.

Vecina 1: Los rincones de su casa, no sé; pero los de su cuerpo, con el gusto que se está dando, seguro que sí. Y, sin embargo, yo más de una telaraña me llevaré al otro lado.

Vecina 2: Chica, qué distinta estás tú.

Vecina 1: Es que estoy un poco harta. El otro día la hija de

Alfonsina me dejó un libro. Es como la madre, me dice cada cosa...Me habló del amor, de la belleza, de la solidaridad, de cuidarnos para sentirnos bien. Y de ser feliz. Y yo me miro, y las miro a ustedes, con estas ropas, estos pelos, este rictus amargo que las tres llevamos en la comisura de nuestros labios...

Vecina 2: No sigas leyendo ese libro. Mejor libro, el nuestro; el de esta calle, el de nuestros vientres que han parido hijos, el de nuestras madres, nuestras abuelas. Ellas sí que fueron buenos libros. Últimamente estás muy rara.

Vecina 3: ¿Y cómo se llama el libro?

Vecina 1: No me acuerdo del título. Es de una mujer brasileña que da consejos de cómo cuidarnos.

Al otro lado de la ciudad, Rosalva se contonea risueña por los pasillos del camposanto. Llega, se pinta los labios, arregla el cabello y se sienta. Dos hombres que en ese momento pasan por allí se la quedan mirando. Bentor la vio llegar. Los días anteriores había conseguido comunicarse mentalmente con ella, incluso le había respondido en voz alta en algunos momentos sin que se percatara de ello. Y esta tarde quiere ir un poco más allá: tocarla y que ella lo sienta.

Cuadro Tercero

Anoche se conmemoró el día de los vivos. Los difuntos lo celebran con relente, especie de licor elaborado con incandescencias y gotas heladas de frío. Xerach y Dácil hablan sentados en uno de los bancos. Son de los pocos que hoy se dejan ver, la mayoría de los residentes permanecen en el interior de sus casas disfrutando la placidez de la somnolencia.

Xerach: ¿Y a ti qué te pasa hoy, que estás tan mustia?

Dácil: Quiero hablar seriamente contigo. A mí no me importa acompañarte en tus expediciones hasta que domines el aire, pero lo que hiciste anoche, no me gustó.

La comunicación interdimensional no es posible, pero tú pregonabas lo contrario, creando falsas expectativas en la gente. Eran las seis de la mañana y todavía todo el mundo seguía en la calle, y todo el mundo tenía que ver contigo. No sé las consecuencias que esto traerá en los próximos días, con tanta concentración mental y tanta parafernalia tuya.

Xerach: Dácil, ¿tú de qué lado estás? Hablo de realidades y no de abstracciones, ¿no te das cuenta que podríamos vivir mejor si no fuera por las carencias y excesos que tuvimos allá? Aquí no venimos a nacer, venimos ya hechitos, y no hay quien nos quite las consecuencias del tiempo malgastado y del tiempo por gastar. Cuando salimos del vientre de nuestras madres, ahí estamos: con todo un camino por delante. Lo que hagamos o dejemos de hacer con él, pues...: haberes y gastos de una empresa. Me irrita no poder comunicarme con el otro mundo. El tiempo, el tiempo es fundamental. Que prioricen el tiempo en horas bonitas. Tiene que haber una vía, estoy seguro. Y lo que dije anoche, es verdad: intuyo que la solución nos vendrá de la memoria. Dácil, ¿lo entiendes? Dime que sí, que sí lo entiendes, ¡oh, cómo me gustas, mujer hermosa! ¿Qué he dicho...? ¿? ¿Se puede seguir caminando?

Dácil: ¿Qué dijiste?

Xerach: Nada, nada. Entonces, ¿vas a colaborar conmigo, sí o no?

Dácil: Te voy a presentar a un amigo que te va a ayudar. No sé si ha logrado la fórmula, pero está en ello.

Xerach: ¡¿Tienes un amigo que tiene la fórmula?! ¡¿Y cómo es que no me lo habías dicho?! ¡¿Quién es?! ¡¿Cómo se llama?!

Dácil: Mira, Xerach, cálmate. Simplemente se trata de un amigo que está estudiando lo mismo que tú. Te diré quién es, siempre y cuando el tema se quede entre tú y él.

Xerach: Vale, ¿por quién te lo prometo?

Dácil: Por quien quieras; lo importante es que lo cumplas.

Xerach: Por ti.

Dácil: Bentor no sale nunca, solo cuando viene la mujer. El tiempo lo pasa estudiando. Podemos ir ahora a verlo, si te apetece.

Xerach: ¡Por supuesto!

Le da la mano y la levanta del suelo, con tal ímpetu y sorpresa que a ella le cuesta mantener el equilibrio. Va muy “tierna” todo el camino. La proximidad de aquel hombre la sobrecoge.

Cuadro Cuarto

Han pasado varias semanas desde aquella tarde en que Bentor y Xerach se conocieron. A Xerach ya no se le oye por las calles. Los dos mantienen en secreto la investigación que los une, cumpliendo así la promesa a una mujer que respetan mucho.

Rosalva es el campo de ensayo. Con ella Bentor experimenta las hipótesis que los dos extraen del estudio meticuloso de antiguos escritos que aún se conservan de antes de principios del mundo. El encuentro con ella esta tarde fue decisivo, hasta el extremo de provocar su ingreso en el Centro de Salud. La médico duda sobre la conveniencia de recetarle el tratamiento que tomó durante diez años. Los hechos protagonizados por la paciente, la encontraron desnuda en la tumba del marido, pueden deberse precisamente a la suspensión tan radical del mismo. Pero en ella no hay indicios que aconsejen retomar la medicación. Está tranquila, enfadada, pero tranquila. En los días previos su comportamiento había sido de lo más normal, salvo la costumbre de ir al cementerio todas las tardes y de hablar del marido como si estuviera vivo, según le comenta la hija.

Varias personas aquejadas de hipertensión ocupan la sala. Casi todas son mujeres. Las observa con tristeza. Ella también, en vida de Bentor, necesitó venir muchas veces. Pero hoy no necesita pastilla bajo la lengua y no va a permitir que se la administren. Sencillamente porque no le

da la gana. La hija se acerca, acompañada por la facultativo

Rosalva: ¡Eva, menos mal que has venido! Esta gente está empeñada en que debo tomar los ansiolíticos que tomaba antes, y ¡me niego! Sé que es difícil de explicar. A tu padre algo le salió mal o yo me excité mucho. ¡Pero vamos a ver, ¿cómo reaccionarían ustedes si un muerto sale de la tumba y les hace lo mismo que me ha hecho él a mí?! ¡Sí, Bentor! Más vivo después de muerto que cuando estaba vivo.

Eva: Mamá, mira lo que estás diciendo, por favor. Papá murió hace dos años, no puedes seguir así, necesitas ayuda. Tiene que ser muy doloroso acostumbrarte a vivir sin él, pero la vida continua...

Rosalva: Vale, lo que tú quieras. Pero te aseguro que tu padre está vivo. Muerto, pero vivo. Te lo digo yo que todas las tardes estoy con él, hablando de muchas cosas, ¡y qué bien lo pasamos!, tocándonos en nuestra intimidad, acompañándonos. Lo que ocurrió hoy fue que lo tuve dentro de mí por primera vez en este tiempo; sí, dentro el uno del otro. No está bien desnudarse en un sitio público, aunque tan público no es porque era en el hueco de Bentor donde yo estaba, y el muerto debe tener, como mínimo, ese espacio para recreo privado delante de la puerta de su casa. Deben vallar esos espacios. No me conozco. Todo esto es extraño. Pero no puedo dejar de creer en lo que veo y siento. Eva, acompáñame a casa. Las analíticas y las demás pruebas han salido bien. No pueden obligarme a permanecer aquí, ni a tomar ningún tratamiento. Necesito descansar.

Bentor, Xerach y Dácil se reúnen esta misma tarde para comentar lo sucedido

Bentor: No sé en qué me equivoqué, seguí el manual que elaboramos para que nuestro encuentro no fuera visible. No lo entiendo.

Xerach: La falta de experiencia. Las prisas no dieron tiempo a que se tejiera el velo que envuelve a las personas cuando están juntas. Áurea de crisálidas.

Bentor: Los deseos eran muchos...

Dácil: Por tanto, la hipótesis es cierta. Lo sucedido no invalida la fórmula. El grado de comunicación alcanzado con ella lo evidencia.

Xerach: De la más absoluta incredulidad, Dácil, has pasado a la más absoluta creencia en el proyecto...

Dácil: La verdad es que sí...; a fuerza de escucharles a los dos y de colaborar en la lectura de los textos, pues...

Xerach: El siguiente paso es darle difusión según lo acordado.

Dácil: Yo les quiero comentar algo. El éxito de la comunicación interdimensional exige las dos miradas, la masculina y la femenina. El ser humano es el centro. Me preocupa que el plan diseñado carezca de la visión femenina. Yo también he participado, pero es obvio que mi aportación ha sido mínima, dada mi desconfianza inicial. Mi desazón no reside en si la fórmula es válida o no. Son las tácticas y estrategias para la puesta en práctica del plan lo que me preocupa. Necesitamos garantizar la universalidad de las mismas. Yo, a ustedes dos, los adoro; es de lo más placentero tener a personas que nos hagan sentir el corazón saliendo afuera en gratitud. Y es por esa razón por la que dudo de mi objetividad a la hora de valorar el proceso, además de por otras causas, como es, por ejemplo, la necesidad de ir a la experiencia de mujeres cuya vida las avalan como sabedoras de lo que se teje entre hilos. Conozco a dos mujeres muy interesantes, y de absoluta confianza: Alfonsina y Yazmina. Me gustaría que me permitieran hablar del proyecto con ellas antes de acometer la fase que viene ahora.

Bentor y Xerach asienten

Finalizada la reunión, celebrada en la puertita de la casa de Dácil, los dos amigos caminan tranquilos por la alameda principal de árboles y buganvillas. A ratos se sientan, caminan, contemplan una planta, una flor, o conversan de manera tranquila, igual a como discurre el mundo en aquel espacio conquistado al infinito.

Bentor: No fui buen hombre para Rosalva. Si pudiera desandar el camino, volvería a aquel momento en que la

conocí: mis besos a ella serían distintos. No sé qué me pasó. Con lo fácil que hubiera sido seguir siendo niño a la vez que adulto; sentir como yo, sentir como ella, sentir como se siente en la infancia, fragmento del sendero donde el corazón y la mente discurren sin ataduras: mente y corazón mutuamente aprendiéndose. En estas semanas hemos hablado de infinidad de cosas. Dos amigos conversando, sin más. Intimidad placentera igual a la otra intimidad de cuando los cuerpos están juntos.

Xerach: Eres buen hombre. No supiste hacerlo de otra manera, eso es todo. Lo importante es que te has dado cuenta y lo estás corrigiendo ahora, con tanta suerte que quizás este descubrimiento nuestro pueda llegar a convertirse en un soplo en el entramado de cartas astrales que nos han sido dadas como destino ya hecho siguiendo un modelo que repetimos en serie. Los mismos pensamientos, las mismas excusas, las mismas mentiras. El ser humano está en peligro. Hemos retrocedido más allá del reino animal. Aprender a ser persona debería ser la asignatura más importante en las escuelas, para que la felicidad vuelva a ser nuestro estado natural.

Bentor: El otro día Rosalva me comentaba que los hombres no toleran que otro hombre maltrate a la madre, a una hermana, a una hija o a cualquier otra mujer de su familia, y, sin embargo, sí son capaces de desarrollar dichos comportamientos violentos sobre sus parejas. Yo mismo les decía a mis hijas que no perdieran nunca su dignidad. Sobretudo a la más pequeña, siempre plegada a los gustos del marido, persona espejo en la que debí verme y no me vi. Yo hice lo mismo con Rosalva, plegarla a los gustos míos. Pero hoy lo estoy resolviendo, es un regalo para los dos.

Xerach: Me alegro.

Bentor: ¿Y tú? ¿Qué cuentas de ti?

Xerach: Yo en el otro mundo perdí mucho tiempo. Batallas ideológicas sin dirección y me perdí. Pero fui feliz. Amé a varias mujeres y ellas también me amaron a mí. Nuestras relaciones fueron sanas, ¿ves?, no vienen a verme. No tenemos nada pendiente. Puedo volverme a enamorar.

Bentor: Ya lo he percibido, tu espíritu lo dice. ¿Y Dácil?

Xerach: ¿Dácil? Bien, me gusta. Es algo distinta, algo bueno a probar, pero que no sé cómo. En fin, vamos a dejarlo, nos estamos poniendo nostálgicos. Yo también tengo mis asignaturas pendientes; aunque mis relaciones de pareja fueron sanas, sí echo en falta mayor sencillez en la expresión de mis emociones.

Bentor: Tienes una preciosa oportunidad ahora para aprender.

Xerach: Sí, lo intentaré. Retirémonos. Mañana tenemos un día intenso. Dácil no nos ha dicho exactamente en qué consiste la reunión con sus mujeres. Ya veremos.

Bentor: Buenas noches. Que descanses.

Xerach: Igualmente.

Cuadro Quinto

Rosalva ultima los últimos retoques de arreglo personal. Han transcurrido tres días desde la llamada al 112 sin que las hijas le hablen del tema, siguiendo la recomendación del equipo médico de la unidad de salud mental que aconsejaba esperar a ver cómo evolucionaba en las siguientes semanas. Ella lo agradece; necesita guardar silencio para no perder el menor ápice de la emoción que está viviendo. Se siente dichosa. Le gusta la mujer que ve en el espejo, de vestido verde y abrigo marrón. Ambos colores la favorecen. Abre la puerta y sale a la calle. Saluda a las vecinas y se detiene, le apetece enormemente hablar un rato con ellas.

Rosalva: Limpiando la acera...

Vecina 2: Mi madre decía que la entrada de una casa dice mucho de una mujer.

Rosalva: Sí, sí que dice mucho.

Vecina 2: Y los alrededores también dicen.

Vecina 1: Pero aquí no tenemos alrededores que limpiar. Eso era antiguamente, cuando las casas estaban rodeadas de huerto. Ahora nuestras casas no tienen alrededores; donde una termina, empieza la otra.

Vecina 2: Hay alrededores que siempre existirán.

Rosalva: ¿Te refieres a los sitios por donde andamos?

Vecina 2: Pues sí. Y por cierto, ¿has vuelto a trabajar? Siempre sales a esta hora...

Rosalva: No, no he vuelto a trabajar. Voy al cementerio. Lo paso muy bien allí. Es como si estuviera vivo.

Vecina 2: De que está vivo, no cabe la menor duda. Estás como nueva, al menos por fuera...; ya por dentro, tú sabrás cómo tienes el alma.

Vecina 1: El alma la tiene bien. Se le nota en la cara.

Vecina 2: ¿Has visto que prontas las tiene la vecina después que está leyendo?

Vecina 3: El libro es bueno.

Vecina 2: ¿Tú también?

Vecina 3: (con voz tímida) Lo compré ayer. Es fácil de leer, y los consejos que da son sencillos y no cuestan dinero.

Rosalva: ¿Qué libro están leyendo?

Vecina 1: “El correo”, de Clarece Lispector. La hija de Alfonsina me lo prestó.

Rosalva: No lo he leído, iré a la biblioteca, seguro que lo tienen. Y por cierto, ¿tu marido cómo está?

Vecina 2: ¡¿Mi marido, qué?! ¡Vaya falta de respeto preguntar así por un muerto!

Rosalva: ¿No vas a verlo?

Vecina 2: Sí, por supuesto que voy a verlo. Todos los sábados le pongo flores frescas y una misa al mes. Y cuando voy al cementerio es para verlo a él. Ningún vivo se me ha

perdido por allí.

Rosalva: Bueno, en tu caso es mejor que no se te aparezca vivo. Como tú comentabas antes, la acera de una casa dice mucho de una mujer. Limpiar tanto no todo lo esconde. A veces lo de adentro se cuela y llega a la puerta.

Vecina 2: No sé de qué estás hablando.

Rosalva: Por qué será esto de ocultarnos de las demás... En la asociación se van a celebrar talleres que hablan de solidaridad entre mujeres. Lo da la hija de Alfonsina.

Vecina 1: Intentaré ir.

Vecina 3: Yo también.

Rosalva: Y yo.

Vecina 2: Todo lo que tenía que saber ya lo aprendí.

Rosalva: Tú misma. Es tarde. Lo siento, me tengo que ir. Adiós.

Vecina 1: Hasta luego, Rosalva, nos vemos en el taller.

Vecina 3: Hasta mañana.

A esta misma hora, en el otro mundo, Dácil finaliza su exposición. Yazmina y Alfonsina tardan en reaccionar. La miran como se mira a alguien que dice algo inaudito, pero que goza de la máxima credibilidad. Agachan la vista, la levantan, miran a otro lado, al horizonte, y, muy lentamente, vuelven a mirarla a ella.

Yazmina: ¿No querrás que vuelva allí? De aquí no me muevo.

Alfonsina: Interesante, sí, señora Dácil, muy interesante.

Yazmina: Además, la gente del otro mundo querrá venir antes de tiempo para acá al vernos tan espléndidas aquí. Y entonces sí que será la hecatombe. A ver cuál es el modo de hacerles entender que para morir se tiene que tener la maleta hecha, y que esta solo se hace después de mucho vivir y de que el cuerpo físico diga: “Amiga, hasta aquí hemos llegado, no hay combustible en los huesos para más. Por

mucho agarre que tú tengas, despídete ya. No la jodas con el cobarde miedo a la muerte” No lo puedo evitar. Me pongo de mala hostia solo de pensar que tengo que poner un pie en lo que tú llamas la otra dimensión. Para mí no hay más dimensión que esta. Y de aquí no me muevo. Si quieres, me voy de esta reunión, que maldita sea la hora. Creo que estoy de más. Y Dácil, mira que yo te aprecio, pero sabiendo tú cómo fue mi vida allá, no entiendo tu atrevimiento de pedirme que me asome querubín ante tanto diablo.

Alfonsina: Yazmina, tú no tenías más penalidades que Dácil, y mírala a ella...

Yazmina: Alfonsina, tu vida no me la sé; pero la mía, sí. Y solo con pensar que tengo que volver, el aliento se me vuelve veneno. ¿Ves este culo, estas caderas? ¿Verdad que tienen aguante para templar sabroso? Pues que te quede claro que lo único que templé fue el amoniaco y la lejía. Mi vida de ahora no la pongo en peligro por solidaridad humana o como lo quieran llamar. Que se jodan todos. ¿Dónde estaban? De mí nadie se apiadó. Nunca los vi.

Alfonsina: Yazmina, quizás yo tuve lirios, en lugar de lejía y amoniaco, porque tomé el camino de la libertad mientras tú te quedabas en el camino bendecido de la mujer buena, la mujer devota, la mujer que lo da todo sin esperar nada a cambio, porque ¡es tan buena! ¿Verdad que muchas veces escuchaste lenguas femeninas lapidando a mujeres que un día se atrevieron a vivir? ¿Verdad que tú también llegaste en alguna ocasión a criticar a una vecina o a alguien de tu familia, o a una amiga por no seguir en el redil santo inventado por no se sabe quién ni en qué plaza? “Es una santa”, decían de ti; “Es una puta”, decían de mí.

Yazmina: ¿Y quieres volver? No lo entiendo.

Dácil: No se trata de volver. El enigma es qué nervio tocar en la tierra para que tengan cielo allí también.

Yazmina: A mí hálbame de manera clara si quieres que te entienda.

Alfonsina: Que los vivos sepan que el tiempo malgastado les pasa factura cuando estén muertos.

Yazmina: Sigo sin entenderlo. Están bonitas las dos si piensan que las van a entender mejor que yo. Amigas, hay que decir algo similar a esto: “Si en vida te rompes la espalda trabajando, te seguirá doliendo después de muerta”, ¿está bien así? Démonos un abrazo. ¿Cómo llamar a este abrazo de nosotras tres?

Alfonsina: Tres vértices de un triángulo.

Dácil: Tres ondas de una espiral.

Yazmina: Tres primeros pasos de un camino por estrenar.

Se abrazan

Dácil: ¿Qué les parece si reflexionamos por escrito y hacemos una puesta en común mañana, y que Bentor y Xerach hagan lo mismo? (Yazmina y Alfonsina asienten). Vale, me acercaré a sus casas esta noche y les haré la propuesta. El pensamiento que acompañará a la causa empieza a tomar raíz. Pronto tendremos frutos.

Yazmina: Ahora sí te entendí.

Alfonsina: La agricultura se nos da mejor.

Yazmina: Esto es muy serio. No voy a lograr dormir. Y aquí no hay pastillas. Mira que traer cosas de ese mundo sin el tratamiento.

Las tres ríen. Y con ganas.

Durmieron sosegadamente. Aun no ha amanecido y ya están en pie, con libreta y lápiz en sus respectivas viviendas anotando las cuestiones que consideran importantes. Las reacciones son de lo más diversas: lágrimas, sonrisas, impotencia en la más absoluta soledad.

Transcurren las horas, el momento de la reunión se acerca. Salen de sus casas, y, en un intento de sosegar las ideas, pasean por las zonas aledañas al lugar del encuentro, sin coincidir.

Cuadro Sexto

La Fuente Silenciosa, llamada así por casi no hacer ruido a pesar del generoso caudal de agua que de ella mana, es el sitio que han elegido para reunirse. Paraje de flora y fauna sencilla: margaritas, mariposas, sarantontones, aves migratorias, cañas, espigas de vegetación diversa. Tienen la costumbre de reunirse al anochecer, momento del día más acorde a las maneras de ser suyas. Xerach y Bentor esperan cómodamente sentados en el suelo, apoyados a una pared de piedra.

Xerach: ¿Caen las estrellas como cae el sol? Siento como si cayeran por mis pestañas. Destellos que rozan mis labios y entran en mi boca. Son frías y calientes a la vez.

Bentor: Si lo sientes, entonces es que sí caen. Otra forma de caer. Yo, a veces, entro dentro del sol. Mi cuerpo se desmorona y hace cenizas, y de las cenizas vuelvo a salir, y así sucesivamente. Y también entro en la luna llena. ¡Qué más da que sea real o imaginario si a mí me hace sentir a gusto!

Xerach: Y no por ello estamos eludiendo la realidad. Lo preocupante sería sustituir el contacto humano por la contemplación de las estrellas.

Bentor: Primarios, sin complicaciones, es lo que mejor resultado da. Y es lo que intento decirme continuamente en este proyecto nuestro. No termino de aceptar que lo mío con Rosalva no sea eterno, que no pueda seguir con ella como hasta ahora. Es muy duro despedirse.

Xerach: Te entiendo perfectamente, pero ya verás que no te vas a sentir mal, todo lo contrario. Ya vienen las mujeres. A Dácil se la ve contenta.

Dácil presenta a las dos mujeres y se acomodan

Dácil: Muchas emociones, ¿verdad?

Yazmina: Esto de la escritura tiene su cosa: el papel y el lápiz me abrieron por el centro, de arriba abajo. El corazón me latía con fuerza: lloraba, reía, y así se me fue quitando.

Alfonsina: Me tocó todas las fibras, dejándome al descubierto. Las páginas escritas son mis cortezas.

Xerach: Como si hubiese estado en un confesionario, pero sin sotana y cura al otro lado. En mi habitáculo estaba yo solo. Y no vean qué indulgente era, a veces, conmigo; y qué exigente era otras. Yo también lloré, ¿por qué no reconocerlo? Fui muy inocente en mi peregrinaje, sin camino en aquella vida creyendo que sí lo tenía. Pero no me arrepiento, gracias a ello estoy aquí con ustedes: mi confesión verdadera, y también, ¿por qué no?, mi amor verdadero. Fui árbol, sí, pero sediento de raíces.

Bentor: Lo pasé mal, la verdad. La pauta que tú nos diste, Dácil, de mirarnos como personas sin tener en cuenta el sexo, trajo a mi memoria actitudes que en aquel entonces consideré adecuadas y que ahora me resultan impropias del género humano.

Dácil: Las hojas que hemos escrito son muestras del bosque. Nos dirá cómo tocar sus ramas, cómo escuchar sus raíces.

Yazmina: Todos hemos hablado de cómo nos sentíamos, y tú, Dácil, ¿no dices nada de ti?, ¿no tienes carne y huesos en el alma?

Xerach: Venga, Dácil, déjate de metáforas y pon los pies en la tierra. Es tiempo de la arcilla y del barro: la prosa.

Yazmina: Descongélate y suelta amarres para que descubras lo que eres: piel y carne. Niña, que si el tiempo ayer te dolió, mañana te tendrá en cuenta, así es la vida. Pero si tú en la vida no estás, escondida siempre en iglú, pues ni frío ni calor ni templada.

Xerach: Dácil, hablemos un rato de ti, eres un poema...

Bentor: ¿Un poema? ¿No es una muerte como nosotros?

Xerach: Nosotros también somos poemas, lo que ocurre es que no nos hemos escrito en versos, y ella sí, ¿cierto?

Dácil: ¿Escrita en versos? Yo no escribo versos.

Xerach: Te he escrito yo...

Dácil: ¿Qué?

De los ojos de Dácil brotan lágrimas.

Bentor: Dácil...

Alfonsina: Dácil, recoge las lágrimas y deposítalas en el papel. Queremos leerlas.

Yazmina: Es la única manera de que eches la mierda para afuera. No toda se deja en la vasija del baño.

Dácil: Momentos dulces, momentos amargos, así es mi árbol. Pero me gusta, me siento en paz con él, es un árbol saludable, con espacios que me cobijan. Si volviera a nacer, intentaría quitar algunas ramas, aquellas que me dieron sombra cuando necesitaba sol, pero quizás entonces mi árbol no sería el mismo, y el de ahora, en su conjunto, me da seguridad. En fin, “Todos tenemos nuestras penitas que llorar”, decía Galdós.

Xerach: ¿Qué les parece si leemos nuestras notas, y empiezas tú, Dácil?

Dácil: Si leemos lo que hemos escrito se nos hará muy tarde. La idea era que hoy leyéramos los mensajes a transmitir el día del acto.

Yazmina: Me da tanta pena no compartir con el mundo mis pensamientos...

Alfonsina: ¿Y qué les parece si nuestras reflexiones se entregaran a modo de cartas y ahora solo leemos lo que cada uno va a decir ese día?

Bentor: Perfecto.

Xerach: De acuerdo.

Dácil: Es una propuesta estupenda. Son confesiones personales que podrían arrojar luz en algunos temas. Sin ánimo de creernos mensajeros de la verdad, claro está, faltaría más.

Xerach: ¡Por supuesto que arrojarán luz! La gente va a saber que lo de allá abajo, aquí arriba se repite. Que el cielo

no recompensa lo que allí no se disfrutó, todo lo contrario: te cierra puertas. Que no vale de nada venir sin cara de tanto poner la otra mejilla. Leamos nuestros mensajes. Empieza tú, Dácil.

Leen sus textos

Bentor: ¿Qué ha pasado? ¿Qué es esto?

Muestra los textos sobre la piedra en torno a la cual se sientan

“El ser humano está próximo a extinguirse. No cesa la violencia y cada vez se producen menos espermatozoides. Nunca un ser muerto ha venido aquí a decir cómo se vive allá, esta es la primera vez, y la última, en un intento de salvar a la especie humana. ¿Y cuál es la solución? Ser feliz. Que nuestro corazón sea el único reloj marcando las horas.” (Xerach)

“No hice otra cosa más que trabajar. En la casa y fuera de la casa: animal de carga. “No pasa nada, la vida es bonita”, me decía siempre. La única vez que me dije que sí pasaba algo, era demasiado tarde: me estaba muriendo. Y nuevamente me dije “No pasa nada, viene la vida del alma”. ¿Y saben lo que les digo? Los huesos me siguen doliendo. El alma tiene cuerpo. La única diferencia es que aquí sí soy persona. Con grandes limitaciones físicas, pero persona. Hay días que puedo subirme a las ramas de un ciprés o al algodón de una nube, y hay días que no. Pero podría vivir mejor si el alma no me doliera tanto. Y todo por culpa de un hombre y de ser yo mujer. Y también por mi trabajo: trabajaba mucho y el sueldo era muy poco. Mis hijos estudiaron, sí, a costa de mucho sacrificio; ¡qué pena más grande tenían mis hijos por su madre! Cuando acabaron la universidad, todo su empeño fue que yo tuviera lo que no había tenido antes. Ya faltaba poco para que empezara a morirme de manera distinta a como siempre me había estado muriendo.” (Yazmina)

“No dejen para después de la muerte lo que es de la vida porque, si no, tanto la vida como la muerte se atrofian y no cumplen las tareas que le son propias. Hagan de la tierra vida nutriéndose de vida para mejor estado después de la muerte. ¿Qué es vivir? Estar bien.” (Alfonsina)

“Para ser feliz solo necesitamos pan y agua: un trabajo en condiciones dignas y el alma en cosas bonitas. (Bentor)

“Los años son cuentas de un rosario que se deslizan por las yemas de nuestros dedos. Cuentas de agua, de sol y de tierra, si el tiempo fue bueno; y cuentas de sed y de hambre, si el tiempo fue malo. En su memoria de savia la flor todo lo guarda. Momentos marchita, momentos viva: así vivo yo ahora.” (Dácil)

Xerach: Pensamiento poético...

Yazmina: El mío sí está claro. Ya se lo dije a ustedes el otro día: ¡hay que hablar claro!

Dácil: El de Xerach también lo es, sin que por ello, tanto el tuyo como el de él, carezcan de imágenes.

Bentor: No sé lo que nos ha pasado, pero el resultado está ahí.

Xerach: Cuando el alma se escribe a sí misma, suceden las imágenes. Una manera de hablar a la que recurrimos constantemente en nuestro lenguaje oral y cotidiano, sin percibirlo. Es algo que está ahí detrás, escondido en la cabeza y en el corazón que auxilia a las matemáticas y demás ciencias cuando necesitan descifrar algo desconocido.

Bentor: A las palabras se las lleva el viento; a las imágenes, no. Quizás la solución sea la de combinar palabras e imágenes. Las menos posibles, para que no sea una selva.

Alfonsina: Son mensajes válidos, imágenes que se engarzan al pensamiento de quienes los leen, despacio, en la intimidad. Pero para leerlos ese día, no. Yo los entregaría junto con las cartas, ¿qué les parece?

Yazmina: Espléndido. Y ese día solo decirles que tienen que vivir bien en la tierra si quieren vivir bien después en el cielo. Nada más.

Bentor: Yazmina lo ha resumido muy bien. Ya veremos cómo decirlo.

Alfonsina: Lo que sí yo quería comentar, y no te lo tomes a mal, Yazmina, es que cuando tú dices “...por culpa de un

hombre...”, la verdad es que no lo veo apropiado para nuestro discurso. No se trata de culpar a nadie. Tú también diste a luz dos hombres. La violencia de género es un pensamiento, un molde, y algunos hombres se hacen conformes a él. Como si estuvieran fabricados en serie. Molde que nosotras, las mujeres, también reproducimos en nuestras relaciones.

Yazmina: Yo lo sufrí. Lo que tenía al lado mío no era un molde de yeso, ni de lata, ni de hierro. Era un hombre.

Alfonsina: Te entiendo. Tienes todo el derecho del mundo a condenar su violencia sobre ti, pero ponle otro nombre.

Yazmina: Era un hombre.

Alfonsina: Sí, pero también existen mujeres con el mismo comportamiento hacia sus parejas, ¿o no fue ese el caso de uno de tus hijos?

Yazmina: Sí...

Alfonsina: ¿Entonces?

Dácil: Quizás “violencia de género” pueda ser el nombre.

Yazmina: “Violencia machista” me gusta más.

Dácil: Vale, lo dejamos así, ¿te parece bien, Alfonsina?

Alfonsina: Sí; está más acorde.

Yazmina: Yo también quiero hacer una aclaración. Bentor, no entiendo lo de “pan y agua”; es como decir: “a dos velas”, o sea, pasar hambre.

Dácil: Pan, es la tierra y la semilla; y el agua, es todo, ¿qué más pedir?

Xerach: Es una imagen certera. Dardo que se clava en el cerebro. Imposible desprenderse.

Alfonsina: Origina preguntas, pensamiento...

Yazmina: Si ustedes lo ven bien, pues que se queden a dos velas y pregunten.

Xerach: Descansemos un poco.

Se levantan, beben agua de la fuente y retornan a la mesa. Un mirlo se acerca, y después otro, y muchos más a las piedras aledañas a la fuente. Mueven las alas y comienzan su canto

Yazmina: Lloré mucho por mi hijo.

Alfonsina: Lo sé.

Bentor: A la vista de lo que ha pasado con el texto de Yazmina, creo que sería conveniente dedicar lo que queda de la noche a leer los textos de las cartas, no sea que haya que corregir algo.

Alfonsina: La noche se presta a ello.

Xerach: Absolutamente de acuerdo. Empieza, tú, Dácil.

Leen sus cartas. Una seriedad sobria los recorre por dentro. Dácil se levanta, se vuelve a sentar, mira a lo alto, al suelo, mira sus manos y habla

Dácil: Los dos utilizan la palabra “hombre” como sinónimo de “ser humano”, y no lo comparto: las mujeres también somos seres humanos. (Explica el origen de la palabra, su evolución en el tiempo y las consecuencias de utilizar la palabra “hombre” para designar a los dos sexos)

Xerach: Vale, Dácil, lo corregimos, no sigas.

Bentor: Estamos de acuerdo, pero afloja un poco.

Dácil: Voy a seguir hablando porque este tema atañe a la humanidad entera. La cultura machista ha silenciado históricamente el pensamiento de la mujer, y es por ello por lo que debemos aprovechar esta oportunidad de comunicación interdimensional para corregir errores del pasado. Se lo debemos a la historia de miles de mujeres fallecidas antes de tiempo por causas ideológicas relativas a su sexo. Disculpen si puedo parecer intransigente, déspota, voraginante, y todas las demás cosas que se nos suelen decir, pero creo que esta es nuestra hora, la hora de las mujeres y de los hombres con un espíritu común: seres humanos. En la mitología cristiana nadie duda de la palabra de María, y María era mujer... ¡Cómo nos han manipulado y siguen

manipulando!

Bentor: Vale, no sigas. Está claro.

Alfonsina: Dácil, por favor, continúa con tu discurso.

Yazmina: ¡Adelante!

Dácil: La escritora brasileña Clarice Lispector decía que la mejor crítica que había recibido fue la de alguien que afirmó que sus libros parecían escritos por un hombre. A lo que es propio del ser humano, en la mujer se niega.

Xerach: Dácil, déjalo ya. Estamos de acuerdo, no cabe la menor duda.

Dácil: ¡Voy a seguir hablando! Caminamos con la mitad de lo que realmente somos. Deberíamos llamarnos solo por nuestros nombres. Ese día no estaremos en la tierra dos hombres y tres mujeres, estaremos cinco personas: Xerach, Bentor, Alfonsina, Yazmina y Dácil. La especificidad del sexo solo cuando sea requisito de supervivencia. Muchas mujeres han fallecido porque se creía que las señales de infarto eran idénticas en ambos sexos.

Xerach y Bentor se relajan. La interrumpen, hacen aportaciones, y así fueron confeccionando un discurso con reflexiones de las cinco personas allí reunidas.

Xerach: Nuestra masculinidad no será la misma después de lo que hemos hablado esta noche.

Dácil: Nuestra feminidad, tampoco será la misma.

Bentor: Son las seis de la mañana, hora de retirarse.

Dan por finalizada la reunión y regresan al camino llevados por los sonidos y aromas nocturnos

Xerach: Luna decreciente, Dácil, la que a ti te gusta.

Dácil: Sí; alcanza la plenitud y luego desciende.

Bentor: Gracias que esta reunión no nos cogió en luna creciente porque si no...

Yazmina: Bentor, esta luna menguante viene de la luna

creciente y de la luna llena: acopia, reposa y destila. Como la cosecha del vino. Son necesarias las cuatro fases.

Bentor: Lo que tú quieras, pero ¿el día del acto qué luna cae?

Xerach: Nueva.

Bentor: Menos mal...

Dácil: Bentor, que la luna no tiene género, que nos afecta a todos por igual. Que por dentro tú también ahora eres decreciente, ¿o no te notas más tranquilo? La flor ya la tienes, solo falta cuidarla un poco más: quitar las hojas secas, podar las hojas verdes que dificultan la luz, etc

Bentor: Vale, vale, pero insisto: para ese día, luna nueva es mejor.

Xerach: Que sí, hombre, que sí.

Cuadro Séptimo

Es domingo. Hace buen tiempo. La mañana invita a escuchar conversaciones. ¡Qué cosas se dicen, o se piensan, en el aposento de familiares y amistades fallecidas! La sinceridad vivifica a las personas y las hace presentes en el pensamiento de quien habla porque en el alma no hay nada muerto.

El sonido sosegado del agua en las fuentes, el cantar de los pájaros, los colores de la luz en las cosas y los murmullos de las voces abren los sentimientos.

Pero a Bentor el día no se le antoja bueno. Tiene que hablarle a Rosalva de la despedida, y eso le tiene cabizbajo. A Rosalva le gustan las flores blancas. Confecciona un ramo grande de calas, del tamaño del círculo de sus brazos, y lo pone donde ella siempre se sienta. Rosalva llega, lo coge, y con el ramo en los brazos, se sienta.

Bentor: Mi amor a ti, junto al amor de otro hombre y de otra mujer por el ser humano, ha propiciado el descubrimiento de un medio de comunicación con la otra dimensión a través

de la memoria. Tú y yo somos la prueba determinante de que el viaje sí es posible. Nuestra aparición será muy breve, lo imprescindible para exponer algo que consideramos vital para la supervivencia del género humano: la necesidad de que las personas sean felices, por encima de todo, y de que conozcan el mundo. Que ningún hombre ni ninguna mujer abandonen la tierra sin conocerla, que para eso han venido, y que solo así podrán elegir el lugar más adecuado para morir. Lo triste de todo esto, Rosalva, es que no nos volveremos a ver más.

Rosalva: ¿Lo nuestro se acaba?

Bentor la mira con los ojos llenos de lágrimas. Palabras y gestos de dolor se suceden en el sendero que los dos tienen para deshacerse y volver

Bentor: Nuestra despedida será así, pero sin regresar juntos al mismo sitio: un dejarnos ir, despacio, como el sol cuando se esconde y se hace de noche en este lado y de día en el otro. No será triste. (Rosalva asiente sin decir palabra)

Vuelven de la mano, lentamente, y se sientan

Rosalva: Y entonces, ¿qué ha sido este volver a estar juntos?

Bentor: A veces ocurren hechos sin explicación lógica, aparentemente, y supongo que lo nuestro ha sido de esas vivencias que llamamos mágicas por desconocidas. Imagino que también ha influido el momento delicado que atraviesa la humanidad, muy próxima a la pérdida del tiempo.

Rosalva: Un amor a medio. Eso es lo que ha sido. Nuestro amor, a medio hacer, quedó errante y las estrellas se apiadaron de él, le dieron la mano y nos trajeron el uno al otro para acabar lo comenzado: irnos para volver muchas veces en el interior mutuo para que su espíritu se conformara. Un amor muy bonito.

Bentor: Qué lindo lo has dicho. Mi amor, mi amor grande, ¿me acompañas por los jardines de flores blancas que hoy busqué para ti?

Caminan despacio, bordeando los parterres y las aceras. La gente observa a Rosalva, una mujer a instantes hablando

sola y con gestos de cariño hacia alguien. Las imágenes son tan suaves que casi no originan extrañeza, al menos no en el grado estridente que pudiera sugerir la petición de ayuda.

Rosalva: De acuerdo. Diseñaremos un programa de convocatoria para ese día. No creo que lo tengamos difícil, en las últimas semanas se ha producido un cambio de actitud en algunas vecinas de la calle.

Bentor: La idea de centrarnos en nuestro barrio es porque tú estás ahí, y no necesitamos un auditorio mayor; las calles de la ciudad son suficientes para que luego se extienda de boca en boca por los países del mundo.

Rosalva: En fin, compañero Bentor, que a mi muerto no lo volveré a ver más.

Bentor: Efectivamente, querida amiga, de esta manera como estamos ahora, no. Pero en el río de los labios del viento, susurrando canciones de amor y de respeto, ten por seguro que sí.

Rosalva: ¿Tienes alguna muerta por estos mundos que te guste? Oh, que yo no te vea; corazón que no ve, ojos que no sienten: frase dicha al revés porque así es de mi interés.

Bentor: Seguramente que después de esto, estaremos disponibles para algo agradable que surja. Mover el aire, sin amor, es muy complicado.

Rosalva: Ay, Bentor, no sigamos hablando de este tema...

Bentor: Bueno, al menos ya sabes que no me comerán los insectos; otras bocas más iguales a la mía, sí.

Los dos ríen

Rosalva: Pues bien, yo me iré a China. Estaré en la Gran Muralla y en otras cordilleras que se precien.

Bentor: Me parece muy bien, ¿y con quién irás?

Rosalva: No sé, pero no te preocupes, no será doloroso. Será tan sencillo como este ir y venir tuyo en mí, igualito. No moveré sola la tierra. La providencia me tendrá a alguien previsto, alguien que me guste, claro está.

Bentor: Sí, creo que es mejor dejar el tema.

Nuevamente ríen. Los gestos de Rosalva ahora sí llaman la atención. Los transeúntes se detienen a mirarla.

Rosalva: ¿Y quiénes son las personas que te acompañarán en este viaje de un mundo al otro?

Bentor: Yazmina, Alfonsina, Xerach y Dácil.

Rosalva: ¿Alfonsina, la madre de Ana? Cuánto me alegro. Saberlo alivia la responsabilidad, ¿puedo comentárselo a su hija?

Bentor: Sí, por supuesto que sí.

Rosalva: Y las demás personas, ¿son de confianza?

Bentor: A Yazmina la conozco poco, pero lo que me llega de ella es positivo. A Dácil la conozco de siempre, es muy buena amiga, y a Xerach, a pesar de que nuestra amistad es reciente, también le tengo aprecio. Los tres nos tenemos lealtad. Dácil y Xerach se gustan, un enamoramiento mutuo muy placentero que ninguno de los dos lo sabe del otro. Lo que me preocupa es que son muy parecidos, a ver quién pone equilibrio ahí. He vuelto a sumergirme en los astros como cuando éramos niños, pero eso se queda ahí: subo, estoy un rato y vuelvo, sin más. Pero ellos dos, aunque bajen, siguen dentro. Y Dácil, no veas. Yo espero que el día del acto la sensibilidad no les pueda; porque, para pasiones, con las de ese momento son más que suficientes.

Rosalva: Saldrá bien, ya lo verás. En cuanto a Dácil y a Xerach, hazte a la idea de que es una cuerda trenzada por ellos calculando las distancias y las cargas. No se van a caer por muchos astros que tengan en la cabeza. Es un juego en el que todo está pensado. Tú los ves desde fuera, te alarmas y ellos exageran al verte preocupado; en esas situaciones tuyas de miedo, pones a los demás de muy buen humor.

Bentor: Sí, lo sé. Pero he cambiado mucho, mira que esto de lanzarme a la comunicación interdimensional para estar contigo, es de valiente, ¿o no?

Rosalva: ¡Pues claro que sí! Y gracias, porque si no, no sé

dónde estaría ahora mi cabeza. Del insomnio me has sacado. Es hora de irse. Solo decirte que estoy leyendo mucho y que hoy leí algo que me pareció de lo más alentador: un escritor, Sándor Márai, decía que la vida tiene para cada persona una pareja justa; que la encontremos o no, es otra cuestión. Yo tuve la suerte de encontrarte.

Cuadro Octavo

Ana: No te esfuerces en convencerme. Te creo. Tus palabras son de mi madre. Cómo lo has logrado, no lo sé. No creo en la vida en el más allá, y menos en la industria esotérica, pero esto es distinto: en la realidad sí creo.

Rosalva: También las traigo escritas.

Ana: Es su letra. Gracias. Vale. Diseñemos la convocatoria.

En el otro extremo de la ciudad, la Vecina 2 está cómodamente sentada frente al televisor, viendo una serie de reality show, cuando, de pronto, aparece un rostro que le resulta familiar. La cámara la enfoca solo a ella. “Hola, vecina de la calle Venus, nº 32, casa terrera...” Da la dirección completa, además del teléfono, el nombre y los apellidos. Sale de la pantalla. ““Sí, soy yo, Alfonsina; tranquilízate, no te va a pasar nada. Toma mi mano, te calmaré, así, tranquilita. ¿Quieres algo? ¿Un vaso de agua, un coñac de la botella que bebes a escondidas, una pastilla, o prefieres la fotografía del hombre que aún guardas por si se produce el milagro de que, allá donde quiera que esté, por primera vez te quiera y en ángel venga a tu cama? ¿Cuánto hace que la pusiste bajo la almohada? ¿Desde el día que murió, quizás? La vecina se levanta y apaga la televisión; abre las ventanas, enciende las luces y sale a la calle. En el quicial de la puerta, se detiene. Frente a ella tiene a las dos vecinas.

Vecina 3: ¿Qué pasó?

Vecina 2: Nada, no pasó nada.

Vecina 1: Tienes mala cara.

Vecina 2: Creo que tengo la tensión alta, escuché ruidos y me asusté. Todo me da vueltas, necesito acostarme.

Las vecinas, al verla tan débil, la sostienen cada una por un brazo. Entran en el interior de la vivienda, cierran la puerta y la acompañan hasta la cama.

Alfonsina: El único cariño, poco o mucho, que has recibido es el de estas vecinas, ¿verdad?

Vecina 2: Por favor, traigan agua bendita.

Vecina 3: ¿Agua bendita?

Vecina 2: ¡Sí!

Vecina 3: La Iglesia está cerrada...

Vecina 2: Incienso, enciendan incienso.

Vecina 1: No creo que sea bueno, el olor es fuerte.

Alfonsina: Relájate, no me iré hasta que hablemos. Si les dices que estoy aquí, es posible que no te levantes más y junto conmigo te vengas.

Vecina 2: ¡Coñac, tráiganme coñac!

Vecina 3: ¿Coñac?

Las dos vecinas se miran

Vecina 2: ¡Sí! Está en la despensa, por favor se los pido.

Vecina 1: Yo voy. ¡Ay, Dios, que me caigo!

Vecina 2: ¡¿Qué fue?!

Vecina 1: Tropecé con algo.

Vecina 2: ¡El rosario, tengo que rezar el rosario! ¡Dámelo, está ahí, en la mesa de noche!

La vecina 1 entra con la botella de coñac y un vaso. Alfonsina la coge suavemente por la mano y se la lleva, con la botella, a la boca de la Vecina 2. Ella bebe, se atraganta y tose.

Vecina 3: ¡¿Pero qué haces?! ¡Le estás dando con la botella!

Vecina 1: No soy yo, es...

Vecina 2: ¡Es ella! ¡¿No la ven?!

Alfonsina: Ya sabes lo que te dije antes. Si quieres salir viva de esto, aguanta.

Vecina 3: ¡¿Quién?!

Vecina 2: El alma, el alma de ella. Eso es. Hablaré con el cura para que le dé una misa. (Toma el rosario y lo reza con frenesí. Las dos vecinas la arropan con cariño. Encienden varias velas y se sientan a ambos lados de la cama)

Alfonsina: Qué secas están tus cuentas. Te rozan y hacen daño. Cada cuenta es el alma en la yema de los dedos, como dice una amiga mía, y la tuya tiene muchas espinas clavadas.

Vecina 2: ¡¿Qué quieres de mí?! ¡Dímelo, venga, qué quieres, ¿una misa?!

Las dos vecinas se miran

Alfonsina: Vas a conseguir que llamen al 112 y entonces sí que la echas a perder. Bebe otro trago. Te hará bien. (La vecina moja los labios y bebe)

Alfonsina: Cuánta soledad amarga has bebido. No quiero una misa, lo que quiero es que deshagas todo el mal que has hecho con tu lengua. Empezarás esta misma noche, y no te ofusques, es muy sencillo: se trata de que nombres a todas las mujeres que has llamado ateas, putas, malas mujeres, malas madres, malas hijas, y todas las salvajadas que por tu boca han salido. Escúchame bien, esto no es el juicio final, y no estoy aquí para lastimarte, todo lo contrario; ¿verdad que hubo una época en que fuiste mujer buena, alegre, sencilla a la que después la intimidad de una alcoba transformó, y que todo tu rechazo a esas mujeres era en el afán de encontrar sentido al sabor amargo de tus labios? Querida amiga, todavía estás a tiempo de enmendarlo. Pronuncia sus nombres, despacito. ¿Laura es tu nombre, verdad? Hasta el nombre lo has perdido. Nadie te llama por él. La vecina del 32, te dicen...

Laura: Por favor, dime qué quieres, ¿te envía él?, ¿está

arrepentido?, ¿lo has visto?, ¿cómo está? Dime cómo está, ¿se acuerda de mí?

Alfonsina: Siempre Él...; ¿verdad?, ¿y tú? Querida Laura, es hora de comenzar lo que me ha traído a ti, que no es él, sino ella, la otra mujer que hay en ti, la mujer a la que maltratas quitándole la piel y la boca para que no sienta ni hable, ¿verdad que es linda?

De los ojos de Laura salen lágrimas grandes: resbalan por su cara, llegan al comienzo de sus pechos y deslizan por su vientre.

Laura: Laura, Alfons...

Alfonsina: ¡¿Laura?! ¡¿Has empezado por ti?!

Laura: (Con voz tímida) Sí...

Alfonsina: Bien, Laura, muy bien.

Laura: Alfonsina, Rosalva, Carmen, Eloísa, Lucía, Ana, Daida, Irene, María,... (Sílabas y lágrimas se suceden en garganta y labios).

Las dos vecinas, Daida y Lucía (recuperan también sus nombres), guardan silencio como si los nombres fueran cuentas del rosario. Las embarga el embrujo del momento.

Alfonsina: Gracias, Laura. El siguiente paso lo darás mañana. Visitarás a las mujeres que han sido como tú. En cada calle tienes una. Son conocidas tuyas, así que no te será difícil hablar con ellas; además, durante años has sido tú la líder en esto de quitar la piel del otro para cubrir las heridas propias. Laura, me tengo que ir. Me alegro mucho de haber venido.

Alfonsina se acerca al rostro de Laura; la mira a los ojos, ella los cierra y Alfonsina los besa. Laura coge sus manos entre las suyas, “Gracias, Alfonsina”. Lágrimas grandes corren de nuevo por su pecho.

Alfonsina desaparece

Laura: Daida, Lucía, muchas gracias. Ya me siento bien. La tensión alta me hizo delirar; llevo varias noches sin dormir.

Les pido perdón por todo el daño que he hecho, a ustedes y a las demás mujeres de la ciudad, alimentando la crispación, la desconfianza, la envidia. Nunca más lo grotesco agrietará mis labios. Mañana tengo que visitar a mujeres que son como yo he sido y me gustaría mucho que me acompañaran, ¿vienen conmigo?

Daida: Sí, claro que sí.

Lucía: Sí, Laura, cuenta con nosotras.

Laura: Y ahora, si no les importa, quiero descansar. No se preocupen por mí, estoy bien. Por favor, cierren todo, no sé si quedará alguna ventana abierta, y apaguen las luces. Solo tengo fuerzas para dormir. Buenas noches.

Cuadro Noveno

El día amanece espléndido. Aire fresco que no da frío. Las tres mujeres, Laura, Daida y Lucía, eligen las ropas más bonitas y sencillas que guardan en los armarios. Se sienten cómodas, sin peso sobre los hombros. Las reacciones de sorpresa y desconfianza se repiten cada vez que tocan en una puerta. Laura se mantiene firme, comenta la necesidad de pedir disculpas por las críticas e infamias vertidas contra las mujeres de la ciudad, y se va. Daida y Lucía permanecen calladas. Lo importante es lo a gusto que se encuentran a su lado. No necesitan saber el por qué de su actitud enloquecida de la noche anterior ni el cambio en su forma de pensar. Las mujeres visitadas sí se hacen preguntas, “Está rara”, “No parece que sea ella”, “Que se traerá entre manos, no me fio”, “Está loca”, “Pertenece a una secta”, “A mí no me engaña, estoy yo para bondades venidas de ella”. Algunas de las autoras de estos comentarios recibieron después una visita como la que recibió Laura de Alfonsina.

Son las cuatro de la tarde. Rosalva tiene una pastilla bajo la lengua, en la sala de urgencias del Centro de Salud

Rosalva: Que te estás pasando, Bentor, que ya son muchos los muertos, y con este último, ay Dios, ¿es que te crees que

no estoy viva? ¡El asesino más buscado en toda la historia de estas latitudes, en mi busca! ¡Y un cura, un guardia civil, un político, todos de las más oscuras ideas! ¡Hasta de la Inquisición me mandaste uno!

Bentor: Rosalva, no nos quedó otro remedio. Detectamos determinados puntos de resistencia: el centro penitenciario y la gente que lo visita; la iglesia, algunos políticos, los cuerpos de seguridad del estado, etc y no había tiempo que perder. Las personas que te han visitado eran las que mejor podían llegar a ellos, precisamente porque saben como funcionan sus mentes. De todas maneras, debes estar contenta: no estaba previsto que nos volviéramos a ver...; ¿es cómoda la camilla?

Rosalva: Visto así...

El médico de urgencias le pide a la hija de Rosalva que lo acompañe un momento. “Creo que tu madre esta vez sí necesita ayuda psiquiátrica, ¿cuánto tiempo lleva en ese estado?”, le pregunta. “Ha sido de repente. Nunca ha tenido episodios de este tipo. Llegué a la casa y la encontré hablando sola”, le contesta. “Necesita ingreso hospitalario, hay que decírselo”, concluye.

Rosalva respira de manera suave y ondulada, con los ojos cerrados como si estuviera durmiendo.

Bentor: Abre los ojos despacito y no digas nada, haz como que no estoy aquí. Dile al médico que te encuentras bien, que almorzaste con unas amigas, bebiste unas copas y te sentaron mal.

Rosalva actúa según lo dicho por Bentor. El médico duda unos instantes; le toma la tensión, habla un poco con ella, firma el alta y se va. Bentor también desaparece.

Rosalva regresa a su casa. Recuperada del susto y con actitud de resignación ante lo inevitable, se pone manos a la obra. Realiza algunas llamadas y medita la ruta a seguir esa tarde noche. “A las 8, en el salón de plenos del Ayuntamiento y a las 10 en la Iglesia. “Tenemos que garantizar la máxima afluencia”, le comunica por teléfono a Ana.

Cuadro Décimo

Dos alcaldes presiden el pleno municipal convocado por la vía de urgencia, el Alcalde actual y el Alcalde anterior ya fallecido. Sentados, muy juntos, solo es visible el Alcalde vivo. “Repito, por enésima vez, que me ha sido absolutamente imposible debatir, previamente, este asunto en la Junta de Gobierno. Un muerto es lo que tengo aquí; disculpen, quise decir que tengo motivos más que suficientes para justificar la urgencia: o lo acordamos ahora, o el daño será irreparable. La urgencia es de vida o muerte. ¿Pero qué es lo que quieren?! ¿Mi propio grupo aliándose con la oposición?! Los decretos de cese están preparados. O votan a favor, o estampo ahora mismo la firma. Pues bien: someto a la votación del Ayuntamiento en Pleno la recalificación de la parcela “H” para destinarla a Centro de Arte. El ejercicio artístico por parte de la ciudadanía conllevará la minoración de un 70% en el pago de impuestos, produciéndose un incremento del 60% de la cuota tributaria en caso contrario. Solventes estudios advierten del menor gasto social, sanitario, limpieza viaria, seguridad ciudadana, etc, cuando el arte está presente en la vida del hombre y de la mujer. ¿Votos a favor?” Levantan la mano. “La propuesta queda aprobada por mayoría absoluta. Mañana comienzan las obras. Sin concurso. Vayan al Juzgado, si quieren, y denuncien. Allí tendrán más muertos que yo.”

Da por finalizada la sesión. “Muy bien”, le dice el Alcalde muerto; “Vete a la mierda, cabrón”, le responde el alcalde actual, gritando. La corporación lo mira con estupor.

Rosalva y Ana salen con premura del ayuntamiento. Falta poco para la misa. Llegan justo a tiempo. La gente no cabe dentro de la iglesia.

El sacerdote comienza la homilía con muestras claras de entusiasmo por la nutrida afluencia. “Bienvenidos y bienhallados en la casa del Señor...” Algo extraño se produce en él, adopta gestos como si alguien le estuviera tirando de los brazos, para finalmente quedar serio y templado como hombre que trasciende. “Soy persona no grata para muchos feligreses de la comunidad parroquial debido a mi arrogancia y falta de respeto. Olviden los sermones que he dado en

estos años, falsifiqué en ellos la palabra de Dios. No he sido un buen siervo, ni una buena oveja, ni un buen cordero, ni una buena cabra. Un buen perro carnicero, chupando sangre en rebaños y corrales, es lo que he sido, ¿y si no, qué son ustedes y qué soy yo, de lavador de almas aquí?” Las personas presentes no aciertan a realizar ningún gesto. “¡De ahora en adelante, quien quiera confesar, que lo haga por escrito! Junto al altar tendrán una mesa para que dejen las cartas, firmadas, nada de anonimatos, a disposición de quien quiera leerlas. Se acabaron las confesiones inútiles. Ya es hora de que la Iglesia aprenda de San Agustín. Y ustedes, Pablo, Serafín, Andrés, Ángela, estampas de la tacañería, cuando se pase el cepillo, abonen el impuesto religioso que en este mismo instante acabo de instaurar en 50 euros cada vez que pisen esta Iglesia; para el resto, 10 céntimos. Se creará un comité integrado por las personas que durante estos años han dejado de venir al templo por culpa de mi intolerancia, que será el encargado de administrar el dinero según las necesidades que se detecten en el barrio. Y a ti, Carla, Purificación, Pilar, Concepción, Inmaculada, y algunas más, tendrán que realizar servicios a la comunidad en los términos que el comité decida, si quieren que sus almas, condenadas por los años de injurias pronunciadas en confesión contra mujeres y hombres cuyo único delito y falta fue pretender el bien común, se salven. Y ahora, pido la presencia en el púlpito de la Sra Rosalva”.

Rosalva se acerca, lee las notas que tiene escritas sobre la celebración de la Noche de los Difuntos, víspera de Todos los Santos, y se retira. El cura da por finalizada la misa. “Algo se metió dentro de mí”, le dice al monaguillo. “Vuelvo a entrar como no te calles”, le advierten. Anda unos pasos, “¡Cincuenta euros, ¿se ha vuelto usted loco?!”, le increpa alguien. Él se mantiene impasible, “Bájalo a treinta”, le ordena la misma voz: “Treinta”, responde, sin mover un músculo. Las mujeres deudoras de servicios a la comunidad se le aproximan compungidas, pero él sigue su camino. Entra en la sacristía. El hombre desalmado que había sido en los años anteriores se le agolpa en la cabeza. “No te preocupes, estás a tiempo de corregirlo”, le dice la misma voz.

Cuadro Undécimo

Las personas mayores sentadas en los bancos de la avenida apenas hablan entre sí; lo escuchado e intuido en esas semanas les presagia que algo trascendental relacionado con la muerte y la vida se fragua sobre la ciudad. Las casas comienzan a colocar su aportación de traperas en la calle. Retales que atesoran sonrisas, conversaciones, lágrimas y recuerdos de personas que ya no están: una rebeca de la abuela, un vestido de la madre, un pantalón del padre, una camisa del abuelo. Y también ropas de cuando los habitantes eran más jóvenes, o, simplemente, vestimentas asociadas a eventos especiales de sus vidas.

La población residente en el camposanto se muestra inquieta. Durante estos últimos diez días han colaborado en el desarrollo del proyecto, realizando las gestiones que se les encomendaban como fue el hecho de bajar al otro mundo para hablar con determinadas personas. Lugares visitados fueron también los bares de mala muerte: locales oscuros, de olores rancios y conversaciones marchitas. Bares de hombres donde nunca entra una mujer.

Rosalva y Ana eran las responsables de la operación terrestre. Aunque todo avanzaba al ritmo previsto, siempre surgían algunas dificultades. La mediación de las dos mujeres y del más allá daban buen resultado. Las personas visitadas guardaban en secreto las apariciones de las que fueron objeto. Silencio que mantenían porque así se les exigió y también por miedo.

El día transcurre y alcanza las 17:00 horas. Calles cubiertas de traperas, de todos los colores y matices; zapatos en las puertas, y cientos de mujeres, hombres, niños, niñas y jóvenes caminando descalzos en dirección a la plaza, es la estampa que muestra en estos momentos la ciudad. Andan despacio, disfrutando del evento, sin prisas. Se respira alegría y fiesta. A veces se observan algunos rostros preocupados, pertenecientes a personas que no logran olvidar los encuentros que han tenido con gente fallecida. La idea de que iban a un purgatorio no se les va de la cabeza, a pesar de haber cumplido rigurosamente los encargos.

La plaza es grande. Los quioscos instalados para la ocasión rebosan de productos típicos de la noche de los finaos: castañas, piñas y manzanas tostadas; almendras, nueces, anís, etc. La gente va llegando; recorren la plaza, se sientan o permanecen de pie.

En el otro mundo se acerca el gran momento. La población se sitúa, con Yazmina, Bentor, Dácil, Xerach y Alfonsina en el centro, alrededor de la fuente del reloj de sol. Traen a la memoria la otra dimensión, suben a ella, dan el primer paso y se movilizan.

El sol comienza el descenso de los últimos diez minutos sobre las montañas que están detrás de la plaza. Hombres y mujeres invisibles emprenden el reparto de mensajes y cartas. “¿Quién me las dio?” “¿Fuiste tú?” “No se ve a nadie repartiendo”, “Qué extraño, todos tienen”, fueron las reacciones más frecuentes.

Yazmina, Bentor, Dácil, Xerach y Alfonsina esperan, ocultos, sobre el escenario.

Rosalva saluda al público visiblemente emocionada, “En breves momentos estarán aquí, con nosotros, personas fallecidas que ustedes conocen, uno de ellos es mi marido. Quieren decirnos algo”.

Un murmullo tenue se extiende por la plaza. “Los personajes harán de muertos”, es la frase generalizada. Quienes han recibido visitas del más allá adoptan una actitud más rígida de la que ya llevan consigo.

Las cinco personas que acompañan a Rosalva se hacen visibles. “Buena caracterización, se les parece”, dijo un actor de teatro. Personal de Protección Civil se apresura por entre la multitud, son varias las personas afectadas por crisis de pánico al percatarse de lo que realmente acontece allí.

Xerach: Y llegó el día.

Dácil: Sí...

Bentor: Curioso camino este que nos ha unido.

Yazmina: Tengo miedo.

Alfonsina: ¿Tú, la mujer de tanto temple?

Ríen y eso les relaja

Bentor: Xerach, te toca.

Xerach toma la palabra

Xerach: Sí, somos muertos, no se asusten. La muerte no es nada, simplemente se trata de un modo distinto de vivir. Hemos venido a decirles que el ser humano está próximo a extinguirse, el cielo se derrumba por sobrecarga de pena. Lo único que puede evitarlo es que ustedes prioricen el tiempo en horas bonitas.

Alfonsina: El estrés origina la pérdida de óvulos y espermatozoides. Dormir bien y ser feliz es suficiente para que el ser humano conserve su especie.

Yazmina: Todo lo que ustedes sufran aquí, lo seguirán sufriendo allá arriba: el alma no pierde la memoria.

Bentor: Un trabajo en condiciones dignas que permita humanamente vivir es lo único que se necesita.

Dácil: No dejen para mañana las cosas que les gustan. La muerte llega en cualquier momento. Entre más completos vayan para allá, mejor.

Alfonsina toma de nuevo la palabra y cierra el acto

Alfonsina: El cordón umbilical es la única atadura necesaria en la vida. Cualquier otra después del nacimiento, es contra natura.

“Alfonsina murió, es una muerta, y Xerach, y Bentor!” “¡Es una santa!”, grita alguien.

Yazmina: La hemos hecho buena. Somos santos y santas.

Xerach: ¡Yazmina, sal y di algo!

Yazmina: ¡¿Yo?!

Xerach: El tiempo se acaba. Date prisa.

Yazmina se arma de valor

Yazmina: Pecado cardinal: aguantar malos tratos.

Y desaparecen. La gente guarda los mensajes y las cartas como si fueran palabras santas. Las botellas de anís se acaban en un instante.

Un periodista le pide a Rosalva una entrevista para publicarla al día siguiente. Ella lo mira, no está nada mal. “Muéstreme su DNI, por favor”. Es la única manera de comprobar si está vivo o muerto.

En el otro mundo están contentos. Satisfacción del trabajo bien hecho. Comentan el acto y se acuestan sobre el césped. Recuerdan los momentos más críticos, como cuando todo empezó y Dácil pensaba que los dos amigos habían perdido la razón. Y ríen, ríen mucho, a carcajadas limpias que vibran como si fueran campanas de Iglesia en día festivo. Pasan las horas. Bentor, Yazmina y Alfonsina se retiran. Xerach y Dácil permanecen en el parque, muy juntos, uno en el otro. “Gracias, Xerach”. “¿Gracias por qué, Dácil?” “He aprendido mucho”. “Y yo también”, responde él. “Hay algo en ti que te hace especial. No es lo que dices, ni lo que haces. Es algo invisible a donde he tenido la suerte de entrar. Es ahí donde he aprendido mi nueva feminidad. Un duende, quizás, como decía el poeta Federico García Lorca”.

Amanece. La claridad se cuela por las ventanas. Rosalva se despierta, y, con los ojos cerrados, recuerda el sueño de la noche. Se sobresalta y abre los ojos. Bentor duerme plácidamente a su lado. Ella lo mira, se relaja y una sonrisa asoma a sus labios. Construye una trama en su cabeza y lo despierta. “Bentor, quiero el divorcio”. Bentor se incorpora, abre los ojos, cuanto puede, y la mira.”¿El divorcio?” “Sí; quiero ver cómo eres en el espíritu de nuestro matrimonio muerto”.

Arinaga, 19 de octubre de 2014

Índice

- 07 Saluda de Marco Aurelio Pérez Sánchez,
Alcalde San Bartolomé de Tirajana
- 09 Agradecimientos de Benita López Peñate,
Autora
- 11 Rosalva

*Este libro se terminó de imprimir
en noviembre de 2014 en los talleres
de Imprenta Sureste, Las Palmas*

